



la
m
uñeca





Reina en los corazones de las niñas de todos los tiempos y constituye — cuando reúne ciertas condiciones — su ilusión más infantil y femenina. Sin duda es de los juguetes que mejor ayudan a las niñas a construir su propio universo.

Delicada muestra del sentimiento más extendido entre los seres humanos, dado que se trata del sentimiento maternal, la muñeca es tan vieja como el mundo y la conocieron todos los pueblos.

Una historia muy larga

Se han encontrado muñecas de tierra cocida en las tumbas egipcias del año 2.000 antes de Cristo. También existía en la India una industria del juguete en el siglo V antes de nuestra era, y es muy probable que los obreros que fabricaban en esta época pequeños muñecos de arcilla fabricasen también muñecas.

Las pequeñas romanas jugaban con muñecas de hueso, de marfil o de cera; de ahí el nombre de "plaguncula" que les da Cicerón en sus cartas a Atico. Al llegar a la pubertad, las jovencitas consagraban sus juguetes a Venus, diosa del amor, bien para pedirle que les concediera niños semejantes o — más verdicadamente — para demostrar, con esta ceremonia, que ellas abandonaban los juegos de la infancia para consagrarse a los quehaceres domésticos.

Se ofrecían muñecas con ocasión de reuniones familiares y del año nuevo. Durante las fiestas Sigiliarias, que tenían lugar hacia el fin de las Saturnales, se intercambiaban figuritas de tierra cocida que los niños retenían con las que se divertían. Estos primeros juguetes tenían, en cierto modo, carácter de talismán y de amuleto. Es bien sabido que también hoy, en algunos países, las muñecas juegan un papel mágico o de encantamiento. Existen en Africa las llamadas "muñecas de melos". Si uno de los dos gemelos muere, el superviviente, durante toda su vida, alimentará, lavará y vestirá a la muñeca, imagen de su hermano muerto. Los herreros "bambara", fabrican muñecas ofrecidas antiguamente a las jovencitas para asegurarles numerosos hijos. Las mejores esculturas "ashanti", de

madera negra y brillante, son las "akua-ba", que llevan las mujeres encinta. Estas muñecas tienen, a manera de rostro, un disco totalmente plano; su cuello está adornado con varios círculos; su cuerpo reducido a un cilindro. Este largo cuello y el bello rostro de la "akua-ba" ayudará a la futura madre a engendrar un niño que tendrá los mismos rasgos. Ciertas muñecas tienen todavía la misión de defender a su dueño contra los ataques de orden mágico, siempre temibles.



Europa jugó a las muñecas

En Europa se han descubierto muñecas en las tumbas cristianas. Algunas graciosas figurillas de tierra cocida, llenas de coquetería y elegancia, enterradas en Estrasburgo, en las ruinas de un taller de alfarero del que se hace mención en el siglo XIII, nos hacen pensar que las niñas de la Edad Media jugaban también a las muñecas. Por otra parte, los textos históricos dan fe de que, en la misma época, las muñecas sirven de diversión a las damas. Desempeñan el papel de embajadoras de la elegancia, como las muñecas — maravillosamente vestidas — que Isabel de Baviera envía a su hija, la Reina de Inglaterra, para mostrarle las nuevas modas que ella ha introducido en la Corte de Francia.

Las muñecas continuaban desempeñando el oficio de embajadoras de la moda todavía después de la aparición de los periódicos, que ponen a todo el mundo al corriente sobre los cambios de la elegancia francesa. Así, en 1940, el célebre marionetista francés, Jacques Chesnais, fue comisionado por el Gobierno para presentar las colecciones por medio de ocho muñecas vestidas por los modistos de la época.

Precisamente por haber desempeñado ese papel hasta la aparición de las revistas de modas, ¿es por lo que las muñecas han sido vestidas como las personas mayores? ¿O bien encarnan el ideal de una época y, por medio de sus "toilettes", los sueños de las mujeres, grandes o chicas? Afirmaría las dos hipótesis. La segunda explicaría, tal vez, por qué en el siglo XVIII, cuando, para muchas jovencitas, el convento representaba la última fortaleza en oposición a las órdenes de algunos padres demasiado tiranos, hayan vestido de "religiosas" a muchas muñecas. Parece que de esta manera se pretendía suscitar vocaciones; pero es posible también que haya sido de buen tono, en las instituciones donde se daba educación a las niñas, el regalarles muñecas uniformemente vestidas con trajes cuya simplicidad debía apartarlas de todo pensamiento profano y de coquetería.

Recordemos también que la moda de las "muñecas retrato" está todavía cercana y que tal vez se deseaba —en las casas religiosas— poner en manos de las jóvenes juguetes que representasen, mejor o peor, a sus instituciones. En el momento de su entrada en religión, las jóvenes que abandonaban el siglo solían regalar muñecas que llevaban el hábito de la Orden en la que iban a ingresar. Esta costumbre evoca singularmente el papel que desempeñaba la "muñeca-gemelo", de la que hemos hablado anteriormente.

"Muñecas políticas"

Se pueden considerar también como personajes diplomáticos las muñecas regaladas a las hijas de los reyes, como la que ofreció el presidente Félix Faure a la Gran Duquesa Olga, simbolizando la alianza franco-rusa. Esta muñeca —muy progresista, para su época— tenía un fonógrafo en su interior. Cuando fue sacada del maletín donde estaba acostada, gritó: "Buenos días, mamá, ¿has dormido bien esta noche?".

La actualidad política o literaria tuvo también una influencia profunda en lo que respecta a las muñecas. El cine produce, asimismo, "muñecos Charlot", "Blanca Nieves", rodeada de los siete enanitos, horribles patos Donald y terroríficos lobos que deben su éxito a su carácter de actualidad, más que a su valor estético. También las emisiones televisadas dedicadas a los pequeños han inspirado, entre otros juguetes, marionetas, fetiche y muñecas peinadas a lo Brigitte Bardot.



Todo el mundo de los sueños

No hay que olvidar que la niña proyecta sobre su muñeca todos sus sueños con respecto al porvenir, y que la muñeca le da oportunidad de comportarse tal como ella desearía hacerlo luego en la vida. Por ello, el guardarropa de una muñeca y su belleza y elegancia son algo muy importante. Las muñecas de Peynet, por ejemplo, procuran representar todos los oficios y todas las costumbres que tengan algún atractivo para las niñas: enfermera, estrella de cine, azafata, telefonista, bailarina, novia, etc.

La misión social de la muñeca se manifiesta también, aunque en un aspecto diferente, si se considera que el juguete "debe servir de ayuda agradable y estar disponible para todas las interpretaciones que el espíritu del niño le dé". ¿Qué objeto podría responder mejor a esta definición de la muñeca? Unas veces bebé; otras, niña, señora o señorita, la muñeca canaliza, sin duda, el sentimiento maternal que duerme en cada niña, al mismo tiempo que representa su universo: "¿Quieres saber qué es lo que pasa en una casa, conocer el nivel de una familia, la nobleza de alma de los padres o la estupidez de una institutriz?" — dice la Gran Enciclopedia — "Para todo esto sólo es necesario observar al niño razonando y dialogando con su muñeca". Es innegable que los cuidados dispensados a la muñeca varían a medida que el universo o medio ambiente de la madre se modifica, y por este método se han podido distinguir diversas formas de su comportamiento. La niña imita a su madre: reprende a su muñeca, la consuela y le prodiga su ternura; la viste, la desviste, juega con ella a las visitas, la somete a reconocimiento médico, hace para con ella el papel de enfermera. Al mismo tiempo se esfuerza para que esta transposición de lo ficticio a lo real sea lo más exacta posible.

Un peligro: la muñeca "robot"

A las muñecas modernas se les puede lavar; mueven la lengua, andan, beben, lloran, hablan, cambian de posición en su cuna, se duermen tomando el biberón y hasta llegan a hacer pompas de jabón. Ignoro si tanto perfeccionamiento es necesario y si la sencilla muñeca de madera o celuloide de los chiqui-

llos de otros tiempos no tenía tantos atractivos como los bebés perfeccionados de nuestros fabricantes. Pero estoy persuadida de que no es necesario que las muñecas tengan que ser "lo más parecido a la realidad" y de que un muñeco imperfecto puede procurar tanta alegría — ¿no es éste el fin principal del juguete? — como "Gisela" o la "muñeca Khrouchev", que golpea el pie sobre la mesa. Añadiría, además, que un juguete no debe ser demasiado preciso (a no ser que se trate de un juguete científico), sino que, por el contrario, debe dejar amplio lugar a la imaginación, a los sueños del niño. Despreciando un poco los códigos establecidos por personas entendidas y juiciosas, creo que es conveniente que el león de felpa sea rojo; rojo como su terrible cólera. Y la jirafa azul o rosa. Creo también que es un error — y un error grave — el vestir a las muñecas con unos trajes ya preparados para ser puestos, privando de esta manera a la futura mamá de vestir a su muñeca con un trozo de tela transformado por ella misma en vestido suntuoso, gracias a la magia de los sueños. Los fabricantes de juguetes de otros tiempos, tal vez menos sabios que los de nuestros días, tenían en cuenta esta necesidad y vendían las muñecas "en camisa", dejando al gusto de la niña el vestir sus muñecas según su fantasía.

Si no tomamos precauciones, vamos hacia el juguete "robot", hacia el juguete inhumano, sin ningún sentido poético. A las niñas que han de nacer en el futuro les iniciaremos en el sentido de la feminidad, por la mecánica; al instinto maternal, por aquello que le es contrario. Las chiquillas del futuro amenazarán a sus muñecas con el castigo de la desintegración total; a no ser que algún retardado, algún "anormal" empiece a poner en práctica, por sus propios medios, los sueños despreciados y destruidos. Me han contado la historia de un niño que no hacía caso de su magnífico tren eléctrico y jugaba con el que él mismo se había fabricado con latas y un trozo de hilo.

Quizá exista, en el año 2000, alguna niña rubia que pueda acunar, a la sombra de árboles cuajados de hojas, una muñeca de trapo, símbolo de los deseos insaciables y de los sueños, imposibles de definir, del eterno femenino.

Mme. RABECQ-MAILLARD

Conservadora del Museo de Historia de la Educación

"L'Ecole des Parents".—Rue Brunel.—Paris